

UN HÉROE DE LAS INUNDACIONES

Son indiscutibles los servicios que al país han prestado los individuos que visten el honroso y benemérito uniforme de la Guardia civil; son grandes los actos de heroísmo que el brillante Instituto cuenta en su historia, desde que aquel duque de Ahumada, cuyo nombre preclaro se pronunciará siempre con respeto, tomó á su cargo la organización del por tantos títulos famoso Cuerpo.

Al guardia civil se le ve en todas partes, llueva ó haga sol, sea bonancible ó borrascoso el tiempo. No abandona nunca su puesto de honor, no deja ni un instante de aparecer socorriendo la desgracia y garantizando los intereses del ciudadano.

Es un héroe. ¿Qué le importan los fríos y las nieves? ¿Qué los peligros del desierto camino? Atento á la voz de sus deberes y á la obediencia á los mandatos de sus superiores, no reconoce peligros ni obstáculos, y lo mismo camina por el llano que trepa por las escarpadas montañas, si se trata de perseguir un hecho punible.

¡Y qué mal recompensado se halla! Si fuéramos á citar heroicidades y á enumerar servicios, tendríamos para rato. No es éste, sin embargo, nuestro propósito, sino el de fijarnos, si bien en un caso aislado, lo suficientemente hermoso para retratar al benemérito instituto de la Guardia civil.

Nos referimos á la cooperación valiosísima que, en las recientes inundaciones de Consuegra, prestó el entonces cabo primero y hoy sargento Fernando Martínez Rex, comandante del puesto de la población inundada, con los guardias que se hallaban á sus órdenes.

Cuando los primeros gritos de las víctimas se dejaron oír; cuando los habitantes todos escapaban despavoridos para ir á buscar refugio que les librara del destructor y líquido elemento; cuando todo era confusión, espanto y luto, Martínez, sereno, dando instrucciones á sus subordinados, asemejándose al ángel salvador en medio de la catástrofe, acudiendo á un lado y á otro, sin atender á su propia seguridad para socorrer únicamente á sus semejantes.

Esto no lo decimos nosotros, lo dijo toda la prensa; lo dijeron todos los que sobrevivieron al siniestro.

Martínez Rex es verdad que cumplió con su deber; es verdad que supo demostrar que por algo le tenían sus jefes en gran aprecio, pero no por eso es menos digno de aplauso su noble y generoso proceder.

El joven que, siendo soldado por el año de 1874 vió cruzar las balas por encima de su cabeza en numerosas acciones de guerra, cuando la lucha fratricida asolaba nuestros campos y despoblaba nuestras ciudades, tenía que demostrar valentía también en las últimas catástrofes; el hombre que, como guardia civil en la isla de Cuba, persiguió malhechores,



EL CABO DE LA GUARDIA CIVIL FERNANDO MARTÍNEZ REX

COMANDANTE DEL PUESTO DE CONSUEGRA, DURANTE LA INUNDACIÓN

cruzando la peligrosa manigua, no podía intimidarse ante el furor de los elementos. Por servicios tan valiosos está propuesto para dos cruces: la del Mérito militar pensionada y la de Beneficencia.

La recompensa no es proporcionada á sus trabajos; pero no olvidemos que con frecuencia quedan en este país sin premiarse hechos de valía.

Si nuestra opinión fuera atendida, propondríamos para los guardias que ayudaron á Martínez, en Consuegra, la concesión de otras cruces del Mérito militar pensionadas. Poco significan las pensiones, y serían un estímulo para que otros imitasen el ejemplo dado por aquellos. Las cosas, ó hacerlas bien, ó no hacerlas.

BALDOMERO LOIS.



CAMPAMENTO DE LOS CARABANCHELES.—CONSTRUCCIÓN DE FAGINAS

(De fotografía directa del Sr. Compañy.)

EN EL CAMPAMENTO

Ha poco más de una hora que el eco bizarro de la diana se ha dejado sentir por el campamento. Parece extraño que un *guaja* barbilindo, sucio y soñoliento, que aún no ha remojado el «gaznate» con la copeja de lo fuerte, tenga alientos para sacar tonos tan chillones y estruendosos del metálico instrumento.

Con el fresco desagradable de la mañana, los ingenieros caminan graves y entumecidos hacia las obras en construcción. Las pedradas llanuras de la dehesa sienten el masculleo de los mocetones y aun la chacota y la jácara de algún chusco, que tiene el privilegio de galvanizar por unos instantes aquel hormiguero humano. Después, sigue la monotonía y el silencio, rociados por el céfiro penetrante y fino.

Allá, en la barranca, se ven trepar los hombres por el esqueleto de una puente en construcción.

Ya se oye el martilleo: ya gritan, ya se mueven... La vida circula por aquellas naturalezas juveniles, recalentadas por los tibios rayos del sol...

Entre mi mare y la novia,
cada cual con sus quereles,
van á conseguir *jac-rme*
desertar de los cuarteles...

«¡Olé ya, jitano *remendaol!*» «¡Venga de ahí, cordobés!» «¡Otra... otra!...»—«¡Eh! ¡Al trabajo! interrumpe con un grito el capitán Mendoza, encargado de la ejecución de la obra.

Y todo aquel hervidero de voces, de cháchara y de alegría, se reduce al silencio y se transforma en actividad manual y útil. Quién clava un travesaño, quiénes suben un puntal, los otros que colocan con precisión matemática las tab'as que van formando el armazón por cuya luz ha de pasar, revuelto é impetuoso, el aluvión invernal.

En otro lado de la dehesa se levanta un cuartelillo para tropa. Allí es mayor el movimiento y más cuidadoso el trabajo. Cualquiera diría que aquellos soldados piensan en los beneficios que ha de reportar el albergue á los compañeros que en el mañana busquen refugio tras largas horas de ejercicios.

Unos miden claros y alturas: otros siguen atentamente las órdenes de los oficiales encargados de las obras.

En medio del orden y de la laboriosidad que reinan, sale una voz chillona y desenfadada, cantando:

El rubio de la tercera
no puede con la vigueta,
habrá que darle la mano
hasta que baje la cuesta.

«¡A ver ese *cantaor!* dice el sargento Furriñes. Que se me presente, y esta noche hará la segunda y cuarta imaginaria.

Labor distinta, pero
no menos útil, y desde